

# Un cuento perfecto

En su *Historia de la literatura hispanoamericana*, Enrique Anderson Imbert hace esta aseveración sobre Quiroga: «No le conocemos ningún cuento perfecto; en general escribía demasiado rápidamente y cometía faltas, no sólo de estilo, sino de técnica narrativa». Aunque a continuación el crítico argentino admite que «la suma de sus cuentos revela un cuentista de primera fila en nuestra literatura», lo cierto es que se está haciendo eco de acusaciones semejantes contra Horacio Quiroga que ya habían emitido Jorge Luis Borges y Guillermo de Torre.

Ante todo uno podría preguntarse: ¿qué es un cuento perfecto? ¿En qué consiste esa perfección? ¿Cómo determinar la perfectibilidad de un cuento? Francamente, no es nada fácil responder a estas preguntas. Si con toda razón el crítico cubano Salvador Arias afirma que «definir qué cosa es un buen cuento es mucho más difícil que sentir que tal o más cual muestra del género colma nuestros requerimientos al respecto», indagar en qué radica la perfección de un cuento multiplica esas dificultades. ¿Quizás en el equilibrio entre sus dos componentes principales, esto es, lo que se cuenta y la forma de contarlo? ¿Quizás en la manera de conducir la historia, de modo que fluya con la naturalidad de una corriente? ¿Quizás en la elección del material narrativo y así el lector *sienta* que nada sobra ni falta? ¿Quizás en el creciente interés que la historia despierta por la hábil colocación de sus distintas partes? ¿Quizás en la justeza de los medios expresivos, donde cada palabra está cuidadosamente escogida y resulta irremplazable? ¿Quizás por el trazado de los personajes, el vigor de las situaciones y lo sugestivo de los ambientes? El resumen de todo esto podría ser que un cuento «perfecto» es aquel en que se cuenta algo de interés, significativo, de hondo valor humano (ya que el hombre escribe para el hombre) y está *bien* contado. Naturalmente, este *bien* nos remitiría de nuevo al desglosamiento que intentamos, pues atañe a los procedimientos literarios de la narración corta. Y no hay fórmulas que nos permitan determinar el *cómo* de esa perfección. A lo más que podemos aspirar es a una *observación* cuidadosa de los recursos utilizados por un autor, y siempre teniendo en cuenta que estos recursos son flexibles, ya que pueden variar (de hecho varían) de un escritor a otro.

A mi entender, Quiroga tiene un cuento que satisface plenamente esa exigencia de perfección que le demanda (negándole) el historiador literario rioplatense. Seguramente hay otros en su vasta producción, pero yo quiero proponer este como modelo de la cuentística quiroguiana. Se trata del titulado *Una bofetada*.

Es uno de los pocos cuentos de ambiente social de Quiroga (*Los mensús* y *Los desterrados* serían otros ejemplos), en el cual se propuso aludir (describir sería excesivo) a la existencia de los jornaleros en los *obrajes*, esto es, en las talas de bosques, del río Paraná. Aunque a grandes rasgos y de un modo circunstancial, quiso mostrar sus duras condiciones de vida y de trabajo, el abuso, las humillaciones que se ejercen contra ellos.

Y el desprecio en que se les tiene por ser indios y mensús. Es decir, dos conflictos centrales apuntan en su relato: el conflicto social y el conflicto racial. Pero lo hizo, siguiendo una constante de su narrativa, a través del individuo, de la persona singular, no de un conglomerado; si bien, por supuesto, este individuo no es un ente aislado sino que conjuga en sí una colectividad. Pero para los efectos de la historia funciona aisladamente, y la esfera social en que está inscrito sólo se trasluce como fondo; mas tan hábil y paladinamente utilizada por el autor que está presente en toda la narración, confiriéndole una profunda y dramática significación.

Igualmente Quiroga va a contar una historia muy cruel, casi brutal, y tal vez de ahí que la cuente con aparente suma frialdad, sin acentuar en ningún momento su dramatismo y distanciándose él lo más posible. Sabiamente disimula su participación, pues sabe que si los hechos están bien elegidos y poseen en sí fuerza suficiente conmoverán al lector sin necesidad de que el autor los enfatice. Esto se llama objetividad, pero una objetividad que no excluye sino que sutilmente revela la raíz subjetiva de su arte. En esto Quiroga fue un maestro. Y el cuento *Una bofetada* se puede tomar como modelo de esa maestría.

Desde el comienzo, aplicando el consejo que da en su decálogo de que «en un cuento bien logrado las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas», apunta la esencia del cuento al decir que:

Acosta, mayordomo del *Meteoro*, que remontaba el Alto Paraná cada quince días, sabía bien una cosa, y es esta: que nada hay más rápido, ni aún la corriente del mismo río, que la explosión que desata una damajuana de caña lanzada sobre un obraje.

Con un lenguaje sencillo, casi impersonal, Quiroga ha situado su cuento, entrando directamente en materia. El lector ya sabe dónde va a desarrollarse la historia, y su interés ha quedado atrapado por dos cosas: el por qué una damajuana de caña desata una explosión en un obraje, y la complicidad del mayordomo Acosta (*sabía bien una cosa*) en los sucesos que van a producirse.

Lo primero es revelado por Quiroga en el siguiente párrafo de esa manera aparentemente inadvertida que ha usado para iniciar su cuento. Dice: «En los obrajes hay resentimientos y amarguras que no conviene traer a la memoria de los mensús. Cien gramos de alcohol por cabeza, concluirían en dos horas con el obraje más militarizado». ¿Cuáles son esos resentimientos y amarguras que no conviene que los mensús recuerden? Aún Quiroga no los ha expuesto pero ya los ha sugerido, y a medida que el cuento se desarrolle veremos que se trata de la explotación, los abusos y las ofensas a que los peones están sometidos. Los explotan como trabajadores y los desprecian por indios. Así, de esta forma como deslizada, presenta Quiroga el problema social y racial. Y con una sola palabra descubre el sistema que prevalece en los obrajes: *militarizado*. Esto lo dice todo.

Acosta vende clandestinamente pequeñas dosis de alcohol a los mensús. Lo hace, con seguridad, para ganarse algún dinero y para proporcionar un poco de alegría a hombres que durante meses y meses viven en el más completo aislamiento y trabajando en las más difíciles condiciones. Pero además hay otra razón que Quiroga va a revelar en la discusión con Korner: Acosta es mestizo: es decir, por sus venas corre sangre india, y

esto lo hace simpatizar con los mensús, ser su cómplice en la trasgresión de las rígidas leyes que prohíben la venta de caña en los obrajes.

Quiroga relata a seguidas, con una concisión admirable, el suceso que dará origen al conflicto principal de su cuento. Acosta ha vendido a los peones de Puerto Profundidad, donde el barco se halla, más aguardiente del prudencial:

El resultado fue un *regocijo* entre los mensús tan profundo, que se desencadenó una vertiginosa danza de *baúles* y *guitarras* que volaban por el aire. El escándalo era serio. Bajaron el capitán y casi todos los pasajeros, siendo menester una nueva danza, pero esta vez de *rebenque* sobre las cabezas más locas. El proceder es habitual y *el capitán tenía el golpe rápido y duro*. La tempestad cesó enseguida. Esto no obstante, se hizo atar en pie contra el palo mayor a un mensú más levantisco que los demás, y todo volvió a su norma.

(Los textos en cursiva han sido marcados por mí).

Aparte de la plasticidad de esta escena, de su síntesis descriptiva, la simpatía de Quiroga por los mensús se evidencia por el sustantivo y la imagen que emplea para representar su algazara: *regocijo* y *danza de baúles y guitarras*. La algarabía no es pintada como una reyerta, ni siquiera como una escandalera grosera, sino más bien como una fiesta de muchachos. Nada es trágico en ella, por el contrario todo es jubiloso. A continuación, la imagen de la danza es reiterada, pero con un sentido diametralmente opuesto: ahora es de *rebenque*, esto es, de latigazos, y los propinan los pasajeros —que como ya antes ha informado están compuestos por «dueños y mayordomos de obrajes»—, destacándose el capitán, que tiene *el golpe rápido y duro*. Más adelante vamos a ver la importancia que para el cuento tienen estos dos elementos introducidos aquí: el látigo y la forma de golpear con él, así como el uso *habitual* del primero. Como de un modo fortuito, intrascendente, introduce asimismo Quiroga al protagonista de cuento: el mensú *más levantisco que los demás* que atan al palo mayor del barco. Con la expresión subrayada Quiroga ya lo ha caracterizado.

Se produce entonces la discusión entre Korner, dueño del obraje de Puerto Profundidad, y Acosta. Es aquí donde se revela el mestizaje de Acosta, lo cual justifica la venta excesiva de alcohol a los mensús y el resentimiento que van a provocar en él las increpaciones del propietario.

Furioso, Korner, abandona el despacho de Acosta, y al subir a cubierta ve al *indiecito* amarrado. Cree reconocerlo. Aquel indiecito «de ojos fríos y bigotitos en punta» era un peón «con quien había tenido algo que ver tres meses atrás». La rabia de Korner, los ojos fríos del indiecito, que al dueño del obraje le parece que lo miran con ironía, el haber tenido una disputa con él tiempo atrás y el hecho de que esté amarrado, es decir, indefenso, provocan que Korner descargue su ira contra él. Lo abofetea. No pudo golpear a Acosta, que no era indio sino mestizo, y además mayordomo del buque y con los brazos libres, pero se venga en el joven mensú. Con estos cuatro detalles Quiroga muestra una situación social y anímica normal en estos medios, amén de acentuar la caracterización de su protagonista y delinear los rasgos del antagonista. Ira, prepotencia y cobardía diseñan a este último, en tanto que al primero Quiroga lo define psicológicamente mediante la «sonrisita» que no se aparta de sus labios. Sonríe mientras, rojo de rabia, Korner se acerca a él; continúa «mirándolo con su minúscula sonrisa» cuando Korner lo insulta de palabra; y únicamente al recibir la bofetada, «se puso lívido, y miró fija-

mente a Korner». No obstante la ofensa, la reacción del indiecito es serena, fría. Sólo pronuncia dos palabras: «Algún día...».

La técnica objetiva de Quiroga se ilumina aquí meridianamente: trazado de los personajes por su comportamiento, por la manera en que se conducen, definición de la situación y de las intenciones por los signos exteriores de la acción, ausencia absoluta de toda intervención del autor. El acto expresándose por sí mismo, diciéndolo todo.

La exposición del cuento termina con este episodio, donde, con las amenazadoras palabras del indiecito, se ha cerrado el nudo del conflicto.

Luego, brevemente, Quiroga se aparta del tema central para resolver la situación que ha dejado pendiente entre Korner y Acosta, y narra cómo el mestizo se cobra las injurias del dueño del obraje surtiendo de aguardiente a los trabajadores de Puerto Profundidad, y perjudicando así los intereses del propietario; hasta que, de propia voluntad, decide «no alimentar más el fuego». Considera cumplida su venganza y está satisfecho de las ganancias que ha obtenido de la venta ilícita del alcohol, «todo sobre la propia cabeza pelada de Korner». Apelando al narrador indirecto, que en cierta forma asume la intimidad del personaje, Quiroga constata que el mestizo se ha reído de «su cara colorada, su lengua larga y su maldito obraje».

Falta la venganza del indiecito, a quien Quiroga no da nombre, como para identificarlo con todos los mensús que trabajan en los cortes de árboles. Rompiendo la supuesta unidad de tiempo de una narración breve, Quiroga hace transcurrir dos años entre el suceso del buque y el momento en que lo retoma. Pero la unidad de acción no se ha quebrado, pues el propósito de venganza del indiecito continúa siendo el hilo que desovilla la trama. Aquí, y no en el tiempo, está la verdadera cohesión de un cuento, y Quiroga lo sabe. Lejos de dañar la historia, el tiempo transcurrido sin que el indiecito logre su objetivo aviva el interés por lo que va a pasar. Entretanto, Quiroga aprovecha este lapso para perfilar la personalidad de su protagonista e ilustrar acerca de la vida de los mensús en las poblaciones del Alto Paraná. Es este el pasaje de mayor amplitud social del cuento, desde un punto de vista de exposición de las costumbres, los gustos, las relaciones hombre-mujer entre los pobladores indios.

Quiroga hace pasar un año más. Son ahora tres los que distancian al indiecito de la bofetada que recibiera; tiempo suficiente para que el indiecito se hubiera olvidado. Pero él no lo olvida; por el contrario, está tan presente en su memoria como si hubiera ocurrido ayer, con lo cual una supuesta característica que se le atribuye al indio, el rencor, es mostrada tácitamente. Y que la molicie que invade al indiecito no es en él sino acecho de la oportunidad que busca, lo sugiere Quiroga contando los fracasos que sufre en su afán de acercarse a Puerto Profundidad:

Descendía a este puerto, a aquél, los sondaba todos, tratando de llegar a donde quería. Pero era en vano: en todos los obrajes se le aceptaba con placer menos en Profundidad; allí estaba de más. Cogíalo entonces una nueva crisis de desgano y cansancio y tornaba a pasar meses enteros en Posadas, el cuerpo enervado y el bigotito saturado de esencias.

Ante la imposibilidad, por lo menos transitoria, de alcanzar lo que se propone, el joven mensú deja de contratarse para laborar en las talas y se habitúa a la vida cómoda, placentera que le acarrera la aceptación que tiene entre las mensualeras. Ironizando, y para poner de manifiesto que su personaje no es un héroe, sino un indiecito común

y corriente, simpático, atractivo para las mujeres, Quiroga dice que reemplaza «el antiguo y duro cansancio de los brazos» por la «constante fatiga de las piernas». Y con cuatro pinceladas pinta el barrio en que tan holgadamente transcurre su vida en Posadas:

No salía de ese barrio de los mensús; pasaba del rancho de una mensualera a otra; luego iba al boliche; después, al puerto a festejar en corro de aullidos el embarque diario de los mensús, para concluir de noche en los bailes de a cinco centavos.

En suma, la existencia de un Don Juan al borde de la corriente del Paraná, en la zona tropical del norte argentino, entre los apretados bosques hartos de fieras: algo inusual en este tipo de relatos, pero que la paleta realista, verídica de Quiroga destaca.

Sin embargo, la necesidad imperiosa del trabajo en esos medios donde la naturaleza es casi una enemiga del hombre y para vencerla éste debe irremediabilmente enfrentársele, no concibiéndose por ello el holgazán, es deslizada por Quiroga en las burlas que los demás peones le dirigen al indiecito. Lo zahieren insinuándole que le gusta más «la bailanta» que el hacha. Dado el insulto a su hombría que comportan estas bromas, en otras circunstancias el mensú reaccionaría violentamente. Quizás se liaría a machetazos con sus compañeros.

Mas ahora soporta tranquilamente sus invectivas, no se encoleriza, reserva su fiereza para quien sí en verdad lo ha ofendido.

Comenta Quiroga, con un toque de humor, que «sonreía, satisfecho de sus bigotes y su melena lustrosa».

Y la ocasión aguardada, tan anhelada por él, se le presenta súbitamente al indiecito:

Un día, sin embargo, levantó vivamente la cabeza y la volvió, toda oídos, a los conchabadores que ofrecían espléndidos anticipos a una tropa de mensús recién desembarcados. Se trataba del arriendo del Puerto Cabriuva, casi en los saltos del Guayrá, por la empresa que regentaba Korner.

El indiecito no lo piensa, se hace contratar inmediatamente y tres días después, los mismos mensús que acababan de bajar extenuados por nueve meses de obraje, tornaban a subir, *después de haber derrochado fantástica y brutalmente en cuarenta y ocho horas doscientos pesos de anticipo.* (Cursivas mías, C.L.)

Si he subrayado estas últimas líneas es porque resultan clave respecto al tratamiento en Quiroga del problema social. Aun cuando el abuso que se comete con los obreros de Misiones está implícito en la narración (como lo está en otros de sus cuentos), no oculta las flaquezas e inconsecuencias de éstos. Al igual que en «Los mensús» el peón Cayetano Maidana, luego de escapar a costa de mil riesgos del infierno del obraje donde trabajaba, se emborracha en Posadas y vuelve a contratarse para otro obraje y así repetir el ciclo de su vida miserable, aquí Quiroga exhibe una situación muy similar, pero referida no a un solo hombre sino a una «tropa de mensús». También ellos seguramente se emborrachan, juegan, se acuestan con prostitutas, dilapidando en unas pocas horas, *fantástica y brutalmente*, el dinero ganado en nueve meses de extenuante labor y, tan sólo tres días después, deben remontar otra vez el Paraná hacia un nuevo obraje. La sinceridad del arte de Quiroga se transparenta en este pasaje. No es dotando a sus personajes de falsas virtudes como logrará despertar la solidaridad hacia ellos. Pues aunque no lo explicita, sabe que el lector deducirá que su conducta es consecuencia de las inhumanas condiciones de vida en que se desenvuelven. En esta sinceridad, en esta objetividad se afina la fuerza testimonial de los relatos de Quiroga.

La presencia del indiecito en una cuadrilla destinada a las jangadas, esto es, a echar a la corriente del río los troncos derribados hasta formar enormes palizadas, es utilizada por Quiroga para describir lo brutal de esta faena:

Pasó, por consiguiente, dos meses trabajando bajo un sol de fuego, tumbando vigas desde lo alto de la barranca al río, a punta de palanca, en esfuerzos congestivos que tendían como alambres los tendones del cuello a los siete mensús enfilados.

Luego el trabajo en el río, a nado, con veinte brazas de agua bajo los pies, juntando los troncos, remolcándolos, inmovilizándolos en los cabezales de las vigas, horas enteras, con los hombros y los brazos únicamente fuera del agua. Al cabo de cuatro, seis horas, el hombre trepa a la jangada, se le iza, mejor dicho, pues está helado.

Ni un solo adjetivo: la escueta y llana descripción del trabajo que la cuadrilla realiza. Quiroga hace buena aquí su recomendación —recogida en el *decálogo*— de que no se adjetive sin necesidad, advirtiendo que: «Inútil será cuantas colas adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él sólo tendrá un color incomparable». Y todos los que Quiroga emplea en el cuadro transcripto tienen ese «color incomparable», pues en hallar el sustantivo preciso Quiroga era un maestro.

Conduciendo las jangadas, el indiecito logra por fin llegar a Puerto Profundidad. «*Nuestro hombre* había contado con esto para que se le permitiera bajar en el puerto», dice Quiroga, enseñando así, como un jugador que vuelve sus cartas, que se está relatando una historia y que detrás de esa historia hay un escritor que es el que la refiere. En ningún momento intenta suplantar al protagonista, ni siquiera hablar desde él o asumirlo psicológicamente. Quiroga no se aparta un milímetro de su método casi impersonal. Es como el ojo de una cámara cinematográfica. La intensidad de la narración está en lo que cuenta, no depende de su participación en ella como autor, que en todo momento oculta.

El desenlace del cuento está a punto de producirse. Una vez en Puerto Profundidad, donde «en la Comisaría del obraje o no se le reconoció, o se hizo la vista gorda, en razón de la urgencia del trabajador», el indiecito es encargado, junto con otros tres peones, de arrear una tropilla de mulas tierra adentro, hacia la Carrería. Anota Quiroga: «No pedía otra cosa» va implícito que sabe que de alguna forma se encontrará con Korner, ha de toparse con él, se verán frente a frente. Magistralmente Quiroga prepara el enfrentamiento, que culminará con la tan ansiada y esperada venganza del peón. Tras tres años de aguardar, acechar, rondar, va a consumarse. Quiroga, como si se tratara de un personaje más, hace incluso participar a la naturaleza de este clímax, al detallarla minuciosa y casi *anímicamente*: «Hacía ese día mucho calor. Entre la doble muralla del bosque, el camino rojo relumbraba al sol. El silencio de la selva a esa hora parecía aumentar la mareante *vibración del aire* (yo subrayo) sobre la arena volcánica. Ni un soplo de aire, ni un pío de pájaro».

Una atmósfera opresiva, tensa, presagiadora, si bien siempre descrita fría y distanciadamente, a excepción, tal vez, de la imagen subrayada. De todas formas, aún dentro de ese procedimiento, Quiroga incorpora al paisaje como un elemento vivo y actuante más. El tiempo, la hora es asimismo otro dato vital que Quiroga añade, pues estamos en pleno día, con el sol en el cenit, a la hora más ardiente del día. En ese escenario tiene lugar, por fin, el reencuentro entre el indiecito y Korner, entre el mensú y el

propietario, entre el peón y el amo, entre el indio y el blanco. Hacia la una la tropilla hace un alto para tomar mate, y es entonces cuando divisan a Korner. «Venía solo, a caballo, con un gran casco de pita». Toda la arrogancia del amo ofrecida con sólo estos tres detalles. «Korner se detuvo, le hizo dos o tres preguntas al peón más inmediato y recién entonces reconoció al indiecito, *doblado sobre la pava de agua*» (yo subrayo).

Con esta acción Quiroga está sugiriendo que el mensú no se ha puesto de pie al llegar el amo, sino que ha permanecido en la posición en que se encontraba, como un desafío a su poder, o tal vez para no ser reconocido por él. De todas formas, la tensión ya ha sido creada, la situación entre Korner y el indiecito es como un disparador a punto de ser accionado.

La reacción de Korner, al descubrir al indiecito, es violenta, como cuadra al temperamento de un amo (y quizás al miedo que repentinamente lo invade): «—¡Eh, vos! ¿Qué hacés aquí? —le gritó furioso.

El indiecito se incorporó *sin prisa* (Id.)».

La parsimonia que le confiere a los movimiento del protagonista recalca, acentúa su actitud retadora: «Parece que no sabe saludar a la *gente* —contestó avanzando lento hacia su patrón».

Todo se desencadena entonces, relampagueantemente y con la misma economía de medios e idéntico distanciamiento al de otros párrafos de acción, Quiroga resuelve el choque mediante la neta descripción, rápida y fragmentada, como una yuxtaposición de planos fílmicos:

Korner sacó el revólver e hizo fuego. El tiro tuvo tiempo de salir, pero a la loca: un revés de machete había lanzado al aire el revólver, *con el índice adherido al gatillo*. Un instante después Korner estaba por tierra con el indiecito encima.

Otro detalle en este párrafo que revela el extraordinario poder de sugerencia de la prosa de Quiroga, su habilidad para insinuar las cosas —con lo que logra un mayor destaque de las mismas— es que la mano que le dio la bofetada al indiecito ya está mutilada y sangra. Más adelante Quiroga insistirá en ello.

La complicidad de los otros peones, su solidaridad de «clase» (llamémosle así, aunque es término que ellos ignorarían) y racial, es igualmente deslizada por Quiroga. En primer lugar, no intervienen en la lucha, en segundo, son «ostensiblemente *ganados* por la audacia de su compañero», y en tercero, cuando el indiecito les ordena que sigan, ellos obedecen. Sutilmente apunta Quiroga: «los otros prosiguieron su deber, que era para ellos arrear las mulas, según lo ordenado».

El indiecito despoja a Korner de su cuchillo, lo arroja y sólo se posesiona del rebenque. Es decir, que el látigo con que los patrones castigan a los mensús es exactamente la única arma de que se hace. Ya vimos cómo fue utilizado por el capitán del *Meteoro* y los pasajeros en la escena del buque, cuando, como de un modo casual, Quiroga dio a conocer la forma en que eran sofocadas las algarabías de los jornaleros. El capitán tenía el golpe rápido y duro. El indiecito lo va a tener también: no es sólo privilegio de los dueños y los blancos. Korner lo experimentará en carne propia. En las dos ocasiones en que, en el lugar de la pelea, intenta abalanzarse sobre el indiecito, el látigo, implacablemente, lo derriba nuevamente al suelo y luego, cuando, obligado a caminar, se de-

tiene y lleno de rabia y humillación insulta al indiecito, «el látigo caía de nuevo, terrible, sobre su nuca».

El cuento cobra en esta escena final su máxima crueldad. El indiecito lleva a Korner hacia el río. Durante cinco horas lo fuerza a andar en esa dirección. Y en todo el trayecto la mano del dueño del obraje, la misma que lo abofeteara, sigue vertiendo sangre. Rabia, humillación y dolor son las palabras en que Quiroga insiste para dar a conocer el estado de ánimo de Korner: exactamente los mismos sentimientos que experimentó el indiecito cuando fue golpeado en el barco y que alimentaron por años su obsesión de venganza. Nada deja al azar Quiroga, todo tiene una calculada, inexorable correspondencia. Queda otro punto: ¿por qué el indiecito lleva a Korner al río? Ya fuimos testigos de las terribles condiciones en que los mensús tienen que trabajar en las jangadas; pues bien, del acto del indiecito se desprende que precisamente lo conduce a ese sitio para ejercer en él no sólo su propio castigo, sino el de todos los peones que obligados por la necesidad laboran y no pocas veces pierden la vida en los inhumanos obrajes. Es como un ajuste de cuentas colectivo. Mas todo esto tiene que ser deducido, porque en ningún momento Quiroga lo dice. Simplemente aporta los datos y confía en que el lector extraerá de ellos las conclusiones. Ejemplo más acabado de narración indirecta, de eficacia de intenciones, sólo es posible hallarlo en una historia relatada soberanamente.

Otro detalle que revela la idiosincrasia del indio y la violencia que hay reconcentrada en el protagonista del cuento es que en todo el trayecto, durante las cinco horas que marchan «en silenciosa pareja», el indiecito no habla, no insulta a Korner, ninguna ofensa escapa de sus labios, y únicamente cuando éste se niega a andar es que, junto con el golpe del rebenque, pronuncia una sola palabra: «Caminá». Este solo vocablo le basta a Quiroga para poner de manifiesto el odio frío e implacable que arde en el pecho del peón.

«Al entrar el sol», esto es, con la caída de la tarde, el indiecito abandona la «picada maestra» y toma por un «pique» que también conduce al Paraná. Se desvía para evitar la Comisaría, ya mencionada por Quiroga como casualmente cuando el joven mensú logró por fin introducirse en Puerto Profundidad y que ahora reaparece cumpliendo una función específica en el relato: la posibilidad de salvación de Korner. Al eludirla su captor, el prisionero comprende que está perdido. Entonces se deja caer en el suelo, «dispuesto a no dar un paso más». Pero el indiecito lo latiga «con sus golpes de brazo habituado al hacha». De nuevo Quiroga relaciona el duro oficio del mensú con el acto que está ejecutando ahora, como para enfatizar el carácter social de la venganza. El cuento está llegando a su término y la violencia contenida en el indiecito se desata. A golpes de látigo obliga a incorporarse a Korner y «en el cuarto de hora final los rebencazos cayeron cada veinte pasos con incansable fuerza sobre la espalda y la nuca de Korner, que se tambaleaba como un sonámbulo».

Han llegado al Paraná y por la ribera remontan hasta la jangada. Forzado por el indiecito, Korner sube a una palizada, camina dando tumbos sobre sus troncos y se desploma sin fuerzas en uno de sus extremos. Y es aquí donde se rompe el mutismo del mensú y su voz se deja oír: «—Ahora», habló por fin, «esto es para que saludés a la gente... Y esto para que sopapéés a la gente...»

Por primera vez en todo el cuento Quiroga le hace pronunciar más de dos palabras,



y la subrayada por mí, que él repite, indica el sentimiento que lo domina de que es un ser humano y no una bestia de trabajo como lo consideran los patronos, para quienes los mensús no son *gente*.

El indiecito remata a Korner a latigazos. Trepa luego a una canoa, amarra una soga a la jangada y rema. La inmensa mole de troncos se pone en movimiento y entra en la corriente con el cadáver de Korner encima. El indiecito corta el cabo que sujetaba la canoa a la almadía. Todo ha terminado, y en contraste con el paisaje que describió al iniciarse el desenlace del cuento, ahora Quiroga pinta una naturaleza sosegada, apacible, pero con la frialdad y el silencio de una tumba:

El sol había entrado hacía rato. El ambiente, calcinado dos horas antes, tenía ahora una frescura y una quietud fúnebres. Bajo el cielo aún verde, la jangada derivaba girando, entraba en la sombra transparente de la costa paraguaya, para resurgir de nuevo a la distancia como una línea negra ya.

Mediante dos expresiones: «Voy a perder la bandera» y «donde debía permanecer hasta el fin de sus días», Quiroga, fiel a su método de sugerirlo todo, da a entender que el indiecito, para escapar de la justicia, debe desterrarse. Por eso boga hacia el Brasil. Pero no se arrepiente de lo que ha hecho. Pues, desde la canoa, sigue «con una fría mirada a la jangada que iba al desastre inevitable». Y se reafirma en su acto al concluir: «Pero ése no va a sopapear más a nadie; gringo de un añá membuí!» Ignoro que significan estas dos últimas palabras (quizá guaraníes), pero el *gringo* que le hace exclamar Quiroga atañe a la extranjería de Korner, que por su apellido debe ser alemán o de ascendencia alemana.

Si un cuento como el que acabo de glosar, tan rico en todos los sentidos, tan ilustrativo de la maestría narrativa de Quiroga, no es un cuento perfecto... nada se parece tanto a la perfección.

**César Leante**